

aquellos dioses cargados con filtros y amuletos, dioses industriados en la quiromancia y en la magia del sabeísmo, de luz vestidos, de astros coronados, con una estirpe divina oculta en la eternidad y con una progenie de descendientes que llevan, tejiéndolos en sus dedos, los hilos de la vida para envolver al universo, como lo envuelven los espacios y que, al conjuro de los recién llegados fugitivos y errantes, huyen como aves nocturnas por el día sorprendidas: milagro, sí, milagro patente, debido á la inmanencia de los grandes principios, revelados á la hora providencial oportuna para sustituir el viejo Dios-Naturaleza, gastado, exhausto, el Dios de la casta, el Dios de la fatalidad, el Dios de la esclavitud, el Dios faraónico de los crueles tiranos, el Dios de la reacción universal, con este Dios espíritu, con este Dios hombre, con este Dios Verbo, con este Dios revelador infalible de la libertad y motor inmóvil del progreso.

XVI

Veamos á María durante la infancia de Jesús. ¿Dónde residió la Sacra Familia, tras el regreso desde las riberas del Nilo á Palestina? Para nosotros residió, con arreglo á lo dicho por San Lucas, en Nazareth de Galilea. No quieren asentir á esto los

críticos escrupulosos, que aplican el sistema de Niebhur á la historia de María. Ellos no tienen por cosa clara, ni mucho menos, la residencia reconocida por nosotros. En sus cavilidades, arraigadas y múltiples, aseguran que, si un evangelista de los que algo se refieren á la infancia del Salvador, Lucas, por ejemplo, admite Nazareth como habitual residencia de Jesús, otro evangelista, Mateo, admite como habitual residencia el sitio de su nacimiento, admite Belén. Según Lucas, en Nazareth pregunta el arcángel Gabriel por María, y encuentra su casa y cumple los encargos de la sobrenatural anunciación, y le sugiere un viaje á Belén, y tras tal viaje la impele de nuevo hacia su casa materna y allí la tiene de por vida. En Mateo sucede todo lo contrario. Jesús nace en Belén, y allí recibe la visita de los magos, y de allí se parte hacia Egipto; y cuando vuelve quiere instalarse allí, de lo cual una sugestión celeste le disuade, mandándole á Galilea. Por consecuencia, una tradición constante coloca la casa matriz de Jesús en Nazareth y la cuna en Belén. Allá en la ciudad galilea nace María, se casa con José, se reinstala de nuevo á la vuelta de su destierro, y vive hasta que los apóstolados y los dolores de su hijo la llevan á Jerusalén. Quede, pues, completamente averiguado esto, en correlación plena con lo que asienta el Evange-

lio. Jesús nació en Belén, pero Jesús creció en Galilea. Para indagar cómo lo educaría su madre, precisa volver los ojos á las costumbres ya establecidas antes de su nacimiento y á las leyes con rigor observadas por sus padres. El judaísmo prescribía la circuncisión, y circunciso fué Jesús. Este ingreso en la religión judaica verificábase ocho días después del nacimiento. Los circuncisores, operando á los niños, pronunciaban las siguientes palabras: «¡Bendito sea el Señor, nuestro Dios, que nos ha santificado, mediante sus preceptos, y nos ha prevenido la circuncisión!» El padre respondía, cual suele responder un coro en las iglesias nuestras, con estas palabras: «que nos ha santificado con sus preceptos y concedido el ingreso de nuestra criatura en la alianza de Abraham, su padre.» Por virtud y eficacia de tal ceremonia tomaban su nombre ya propio los niños, fundados sus padres en la razón de haber Dios cambiado el nombre de Abraham cuando instituyeran la circuncisión. A todos estos procedimientos atuvieron los padres de Jesús en la circuncisión de su hijo, como fieles observadores de viejas leyes no derogadas por el reciente legislador recién nacido, pero que no había aun revelado la nueva ley con su palabra ni selládola con su sangre. Los conocedores de las antiguas costumbres judías ase-

guran que la educación se daba, por los tiempos de Jesús, en las respectivas casas y familias, teniendo cada cual por maestro á su padre. Aseguran los más profundos talmudistas no haber podido rastrear escuelas oficiales de ningún genero antes de la cautividad en Babilonia. Y tras la cautividad fundáronse por los escribas. Pero estas escuelas, asentadas en la vieja liturgia y reducidas al comentario y reproducción de los viejos libros religiosos, nada tenían que ver, y por ningún lado podía comparárselas, con los institutos llamados entre nosotros escuelas públicas. Cuantos rastrean estas materias de histórica erudición, muy de fiar por los testimonios en sus obras aducidos y por la paciencia con que han profundizado el Talmud, no ven las escuelas organizadas, ni aun como estuvieron en Grecia y Roma, por la religiosa Palestina, sino media centuria después que crucificaron á Cristo. El Sumo Pontífice, llamado hijo de Gamala, promulgó disposiciones relativas á la pública enseñanza, en las cuales constan el organismo que debe darse á las escuelas y el número de ellas que deben existir en cada población, obligada, por lo menos, á tener una sita en la Sinagoga, si la población contaba con escaso número de habitantes, y fuera de la Sinagoga, con los caracteres propios de nuestras escuelas primarias,

allí donde la población alcanzaba ciertas dimensiones y cierto número de pobladores. Para todo cuanto se refiere á esta materia precisa consultar el Talmud y atenerse á su letra, pues compila usos, leyes, tradiciones, las litúrgicas ceremonias, la organización de Israel. Hasta en los tiempos más apartados y primitivos reina esa ley del progreso que perfecciona los individuos y las colectividades, distinguiéndolos y diferenciándolos entre sí. Dentro de la bellota están los troncos, las ramas, las hojas, los frutos de la encina que se desarrolla y crece, diferenciándose de la semilla, generadora del organismo suyo; dentro del huevo están los plumajes, alas, gorjeos del ruiseñor, que se perfecciona, rompiendo la cascara donde se ha empollado y huyendo del nido en que lo ha puesto su madre. La escuela judía proviene de la Sinagoga, como la escuela moderna proviene de la Iglesia ó del Convento. Mas, así que un espíritu colectivo se mueve, que una civilización nacional se perfecciona, va creando instituciones diversas y apartadas de la madre común, en cuyas diferencias y separaciones hay muchas fases de futuros progresos. Las escuelas públicas de Israel fueron separándose de las escuelas religiosas en edades maduras, al adquirir una verdadera plenitud el espíritu de aquellas gentes.

Muchas investigaciones han hecho los historiadores cristianos en averiguación de los medios de instrucción que pudiera ofrecer Nazareth á Jesús durante su edad juvenil, cuando crecía su cuerpo y se desarrollaba su espíritu, según lo que había de humano en su naturaleza. Lo mismo Sabatier en la *Enciclopedia de Ciencias religiosas*, que Stapfer en su libro de la Palestina, dan á este respecto noticias, emanadas todas ellas de un cálculo de probabilidades y no de un conocimiento cierto en la materia. Nadie puede acertar, según los monumentos históricos de que disponemos, en tales problemas. Ignoramos por completo si había escuelas, relativamente laicas, apartadas en aquella sazón de la Sinagoga, escuelas en cierto modo civiles y libres, cuando Jesús crecía. Quizás, acomodándose á usos muy extendidos y á ideas muy corrientes, Jesús asistiría, en la fiesta del sábado, á lo que se llamaba entonces la catequización, instituto muy parecido, mucho, á las escuelas dominicales nuestras. En todas las páginas del Talmud se tropieza con descripciones de maestros, llamados azanes, dependientes de la Sinagoga y consagrados á enseñar la vieja ley religiosa, ni más ni menos que nuestros eclesiásticos enseñan, aparte los oficios propios de su ministerio y exigidos por el culto cristiano, en el recinto de las sacristías á los mu-

chachos. La Virgen debió, hubiera escuelas ó no en Palestina entonces, ocurrir á la enseñanza de su hijo como acostumbraban todas la madres israelitas. Cual aprenden las avecillas en el nido, escuchando el cántico de aquellos alados seres, que les han infundido vida, los melodiosos gorjeos, aprendía en Judá el niño los versos maravillosos de sus profetas, muy parecidos, por la poesía que los perfumaba y por las cadencias con que sabían en aquellos tiempos recitarlos, muy parecidos á dulces y melodiosos arpegios. La existencia de Dios, los beneficios con que distinguiera siempre al pueblo de Israel, su pródigo auxilio en los trabajos, el consuelo en las penas, los esplendores de su justicia; todo lo referente al sér incommunicable suyo, unido con los fines históricos de la gente y de la raza israelita, con sus nacionales aspiraciones, con sus esperanzas mesiánicas, constituían la ciencia no aprendida, que la madre, musa, oráculo, profetisa, genio sacerdotal de los hogares, transmitía con empeño á sus hijos para constituirlos en dignas imágenes de Dios y prepararlos al servicio de su tribu, necesitadísima de cuantos milagros podían hacer entonces la religión y la fe. María debió tener, como era vieja y tradicional usanza en las familias de su religión y de su gente, dentro de armarios amplios, benditos, recatados, especie de ca-

pillas, el Thorá, como llamaban los antiguos á las leyes suyas, escrito con los caracteres asirios que recogieran sus predecesores en Babilonia y Nínive, cuando arrastraban cadenas y adquirían pensamientos. En tales rollos Jesús, por ley natural sujeto, en cuanto hombre, á las instituciones y costumbres de su tiempo, en estos rollos debió aprender los principios de teología semita y los cánones de su religión antigua. Y muy cumplidor de las leyes, á los doce años, cual todos los compatriotas suyos, debía conocer el schema, ó sea fórmula de su oración diaria, recitándola en alta voz de corrido y guardándola de coro cual todos los muchachos de su edad y de su pueblo. Como un astro despide centelleos, como un puño de mirra é incienso aromas, como el oreo de las brisas y el baño de las aguas frescor, el espíritu verdaderamente piadoso despide plegarias y oraciones. El schema, que Jesús estaba en la obligación de recitar dos veces al día, desde que cumplió los años reclamados por las leyes, el schema, llamado así porque comenzaba con este imperativo, «escucha,» se componía de alabanzas al Creador, de bendiciones á su nombre, de protestas consagradas á su amor, de aspiraciones á cumplir los mandamientos y recitarlos al dormirse, al despertarse, ligándolos como cuerdas á los brazos, colocándolos como frontales ante los ojos, inscri-

biéndolos en las vigas de sus techos y en las hojas de sus puertas. El israelita debía saber que, pronunciando estas oraciones y cumpliendo estos preceptos, obligaba por modo tan estrecho al Eterno consigo, que la lluvia rociaba sus campos, el grano henchía sus trojes, la molienda se amontonaba en sus molinos, el aceite corría en sus almazaras, engordábanse los rebaños de fresca hierba, y sus domésticos hasta hartarse comían. Pero si caían en las idólatras seducciones, y dejaban el corazón cautivo de los paganos, y divertían los ojos del Eterno para convertirlos á otros dioses, inflamábase Jehovah contra tales pecados, y volviéndose completamente sordo el cielo á toda plegaria, cerrábase á la lluvia, quedando yermos los campos y muertas las personas. Y así hasta las franjas de lana celeste, prendidas y bordadas en sus mantos y en sus túnicas, debían recordarles á una las leyes y los preceptos, para que se creyesen con todos ellos revestidos y de todos ellos acompañados, como de su piel, como de sus huesos, como de su sangre. Ignoro si los que me leyeran, tuvieron, como yo, en su niñez, la costumbre piadosa de rezar el rosario. Arreglado este rezo á cierto antiguo simbolismo, compónese de cinco partes, y cada parte de diez Avemarías, las cuales, en familia y en coro, se recitan, evocando unos días los

misterios gozosos y otros días los misterios dolorosos que componen la vida y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Por qué no decirlo? Nuestras madres, piadosísimas, unas santas, recitaban el rosario con verdadero fervor; pero nosotros, muchachuelos inquietos, con el afán de jugar para crecer, lo recitábamos como verdaderas máquinas, apresurados, irreflexivos, impacientes, sin curarnos, en el apresuramiento, ni de aquello que oíamos ni de aquello que hablábamos. Lo mismo hemos advertido en todos los pueblos que recitan estas oraciones litúrgicas por costumbre. Al cabo de cierto tiempo se repiten maquinalmente y sin advertir su verdadero sentido. La Virgen debió mil veces rezar el schema de su religión, como rezaban el rosario nuestras madres. Pero Cristo, exento, por su naturaleza divina, de nuestras humanas culpas, no debió rezar nunca el schema de su religión heredada con el pecaminoso descuido, que ponían nuestros corazones de niño, en el rosario de familia todas las tardes. Una observación muy congruente con este asunto. Cristo recomienda en todos sus encargos á los fieles cristianos que no recen mucho, con lo cual no caerán en rezos dichos maquinalmente y en repeticiones inútiles.

La humana cultura por María y José apercibida con el fin de instruir y educar á Cristo, en cuanto



hombre, nos interesa por todo extremo é interesa por todo extremo también al conocimiento de la vida excelsa que historiamos. No cabe dudarlo, todo fiel israelita, observante de las patrias leyes religiosas, recogía y guardaba en sus alacenas un Thorá, indispensable para mantener y atizar el fuego de una religión, heredada en la conciencia y en el ánimo de su familia. Esta costumbre debieron tenerla, y la tuvieron observantes de la religión bíblica tan escrupulosos como José y su mujer, antes de la proclamación del cristianismo, traída por su hijo celestial. Y no solamente leía Cristo el Thorá en la sinagoga, en la escuela, en la casa, leía también, como vemos por sus palabras y sentencias, con sumo cuidado los profetas. Estos inmortales reveladores de la idea divina, circuidos por discípulos, que adquirirían fe viva en danzas y en canciones litúrgicas; muy dados á tañer la cítara de oro y acompañar con sus melodiosas vibraciones los afectos que tronaban en sus almas tempestuosas; vestidos con pieles de carnero, que apenas cubrían sus huesos casi petrificados y su pellejo rugosísimo; escanciando en los huecos de sus manos las claras linfas de los manantiales para extinguir la sed ardiente y nutriéndose por todo alimento con las hierbas de montañas y campiñas; emboscados en las selvas del Carmelo, desde cuyas cum-

bres veían el mar de los milagros, la Tiro de las idolatrías y de las riquezas, la Jerusalén de las revelaciones, maldiciendo á la una por tal modo y elevando á la otra, que las generaciones israelitas cogían las frases desprendidas de sus labios para convertirlas en aforismos, y levantaban aquellos titánicos genios que así mantenían la vivificadora lumbre de sus ideas y el calor de sus sentimientos á los cielos en carros de fuego semejantes á las constelaciones nocturnas, y con una gloria superior á la gloria de los mismos arcángeles; porque si éstos bajan del trono altísimo, merced á la divina gracia, al trono del Altísimo subían aquéllos por el mérito de sus obras y en las potentes alas de su alta y sublime ciencia. Cuando leemos el Evangelio, notamos cómo la figura del gigantesco Elías, las palabras de aquellos otros profetas que plañeran el dolor de Jerusalén ó anunciara el Mesías y el mesianismo, habíanse fijado en su ánimo con tal fijeza, que muchas veces repetía sus mismas palabras en los anuncios proféticos, en los apotegmas dogmáticos, en las visiones apocalípticas. Lo cierto es que la conquista de los judíos por Pompeyo y el predominio de los romanos en aquella Palestina poblada por tan patrióticas razas habían en tiempo de Cristo prestado un fervor tal á los jóvenes, que muchos entonces acostumbraban á

holgarse con la vanidad íntima de llevar las leyes grabadas en su corazón y repetirlas de coro en las orejas abiertas á todas las revelaciones. Desde que los niños entraban en el duodécimo año de su vida, tenían que ir al templo en pos de piadosas enseñanzas durante las fiestas, que atenerse á los ayunos como las personas mayores, que sufrir la expiación como cualquier penitente. Stapfer, tan erudito en todas estas materias, nos resume así las prescripciones dadas á los niños en el arte de instruirlos y prosperarlos. A los cinco años debían deletrear el sacro alfabeto; á los diez oír la tradición; á los trece conocer los mandamientos del Eterno; á los quince perfeccionar, cual hombres muy consumados, todos sus estudios. Al que llegaba en este desarrollo intelectual á la ciencia y quería luego comprometerse con los escribas en el empeño de ampliar sus estudios y advenir á lo que podríamos llamar ciencias mayores, acababa por tener una iniciación en la enseñanza y adquirir el título de maestro. Rabí significa maestro mío. Y maestro suyo denominaron las gentes á Jesús. Nosotros no podemos comprender la importancia dada por sociedades y pueblos, muy diversos en costumbres, á la denominación de maestros. En Francia la reservan para los hombres extraordinarios que llegan á la cumbre del saber ó irradian el

éter divino de un verdadero genio. Entre los judíos no alcanzaba tal nombre tanta trascendencia, pero sí quería decir persona sapientísima é industriada en los estudios teológicos. Aparte su divino ministerio, por todos proclamado ya en la historia, Cristo brillaba tanto, hasta en el concepto mismo de quienes, cerrados en su corazón y en su inteligencia, no lo seguían, que le llamaban las muchedumbres, el vulgo, Maestro, y Maestro divino, como cumplía seguramente á lo sobrenatural de su palabra y de su genio.

Aquello que principalmente, ya lo hemos dicho, debían saber los judíos, era la oración, el schema. Esta oración, dimanada por completo de las primeras fuentes bíblicas y puesta de los labios en los oídos tradicionalmente de todas las generaciones judías, ha ido creciendo en trascendencia é importancia, según las necesidades múltiples de los tiempos y de los espíritus; pero ha quedado una y sola, tanto en su esencia como en su expresión. El israelita debía compenetrar con Dios ánimo y pensamiento, fijar sus leyes en el pecho como está fijo allí el corazón y cumplirlas en su persona y en la persona de sus hijos. Las alabanzas del Señor se repetían en estos laudes, cantados muchas veces al són del salterio y de la cítara. «Alabado seas, exclamaban, Dios de Abraham y de Jacob, pode-